MENSAJE DEL PRESIDENTE EDUARDO FREI AL CONGRESO NACIONAL

SEIS AÑOS DE GOBIERNO

21 DE MAYO DE 1970

PALABRAS FINALES

HONORABLES SEÑORES PARLAMENTARIOS:

He tratado, de una manera resumida y esquemática, de presentar la magnitud de la tarea realizada en estos años. Estos son los hechos y las cifras. El juicio les pertenece a Uds. y al pueblo, aún cuando comprendo que en estos meses, en pleno proceso electoral, es difícil esperar una opinión objetiva. Sin embargo, si me limitara a lo expuesto, este Mensaje no sería, a mi juicio, completo.

Programa de Gobierno

En 1964, antes de llegar al Gobierno, presenté al país un Programa. No era el programa tradicional. Era un programa concreto y específico que implicaba un compromiso con la nación. Más de dos mil profesionales, técnicos y trabajadores —muchos de la más alta calificación— cooperaron en su elaboración durante más de dos años y se reunieron en congresos y comisiones permanentes hasta concretarlo en políticas y medidas específicas.

Este programa electoral fue el mismo que señalé como plan de Gobierno en mi primer Mensaje el año 1965.

Hoy se puede examinar este Mensaje hasta en sus más mínimos detalles y compararlo con el primero que leí en este Salón de Honor y con el Libro Blanco que contenía mis proposiciones como candidato, y comprobar que ese Programa se ha cumplido en una alta proporción, a pesar de las dificultades, y en muchas de sus partes se ha llegado más lejos que las metas comprometidas.

Esfuerzos futuros

Pero estos años también nos han dejado una experiencia que se proyecta hacia adelante.

Al iniciarse la década del 70, Chile enfrentará un período decisivo en su crecimiento como nación. Un análisis del país nos permite descubrir con claridad nuestras potencialidades de éxito y progreso, como también los síntomas serios de una crisis institucional y moral. Los factores de esperanza y de grandeza trabajan simultáneamente —como siempre— con los de pesimismo y derrota. Que predominen los unos sobre los otros será consecuencia de la lucidez con que seamos capaces de enfrentar nuestra realidad y del coraje necesario con que adoptemos vitales e imprescindibles decisiones.

El país en estos años ha vivido un profundo proceso de transformaciones y de cambios, cuyo dinamismo ha creado posibilidades y coyunturas que hacen inevitable un nuevo diagnóstico y un nuevo y decisivo esfuerzo, que lo oriente hacia un nuevo impulso de trabajo creador para consolidar lo hecho y proyectar nuevas condiciones de vida para cada uno de los chilenos.

Para realizar este indispensable esfuerzo adicional se requiere una profunda toma de conciencia de nuestro ser nacional y una gran dosis de voluntad y generosidad colectiva.

Nuevas bases para el desarrollo

Chile ha construido en estos años las bases para alcanzar estos nuevos objetivos. El destino histórico de este Gobierno ha sido ése. La descripción de la tarea cumplida así lo demuestra.

En el orden económico Chile verá más que duplicada su producción de cobre y ya tiene el dominio, la dirección y el comercio de este metal.

El país está en camino de duplicar su producción de acero y, a través de nuevos consumos, consolidada su producción de carbón e incrementada la del hierro.

En la actividad agropecuaria ha alcanzado aumentos de producción no obtenidos en décadas anteriores, a pesar de la sequía. Y tiene hoy una red de comercialización agrícola que no existía y que es fundamental.

Ha visto nacer pujante una industria petroquímica; una industria automotriz que ha permitido más que triplicar su producción; ha visto nacer pujantes y desarollarse la industria electrónica y ampliarse considerablemente las industrias alimenticias, de celulosa, papel, plásticos, textil y metalúrgica.

El país dispone de una vasta red de telecomunicaciones y de televisión, y ha modernizado sus transportes con la importación masiva de nuevos equipos terrestres, urbanos, aéreos y marítimos. Ha mejorado sustancialmente su infraestructura en caminos, ferrocarriles, puertos y aeropuertos.

Simultáneamente se han acelerado en estos años las instalaciones de energía eléctrica, de petróleo y de gas; y hemos dado los primeros y decisivos pasos en el campo de la energía nuclear.

El país está en vías de resolver para todos los chilenos el problema de la vivienda y de la salud, ya que ha cumplido en estos aspectos —como lo he señalado— etapas muy importantes; al paso que la Reforma Agraria ha asegurado una rápida transformación en la estructura social y económica del campo chileno. Simultáneamente se han obtenido importantes avances en la legislación del trabajo.

Por sobre todo eso, se han logrado, como primera prioridad, niveles educacionales que están abriendo oportunidades a todos, lo que permite esperar un óptimo aprovechamiento de nuestros recursos humanos.

Ha nacido y se ha consolidado una vasta red de organizaciones populares cada vez más representativas de toda la población que conduce a eliminar la marginalidad material y espiritual. En una palabra, a través de la Promoción Popular se han dado los primeros y grandes pasos para abrir el camino a la constitución de una comunidad nacional consciente de sí misma, cuyas iniciativas organizadas surjan de las raíces profundas y naturales de nuestra vida social y aseguren una auténtica participación popular. Sin esta etapa previa su enunciado habría carecido de sentido.

A través del Mercado Común y del Pacto Andino el país camina hacia la integración con otros países de América Latina y una política comercial abierta a otras regiones del mundo permitirán la expansión de sus mercados externos.

Al control que el Estado tenía de las actividades básicas de la vida nacional, se han agregado el acero; la nacionalización del cobre; de la electricidad; y de las telecomunicaciones, lo que, junto a una balanza de pagos favorable, afirman nuestra independencia real.

El país ha llegado a una producción superior a los 600 dólares per cápita y tiene en sus manos todos los resortes fundamentales para lograr un impulso sólido, cierto y más que acelerado en el orden económico y en el orden social.

El próximo Gobierno —y esto quiero subrayarlo— podrá contar con serios planes sectoriales ya iniciados. Me refiero al plan agrícola, minero e industrial, sector este último en el cual hoy tenemos cerca de 100 proyectos específicos en estudio final.

La elaboración de proyectos requiere tiempo y de una gran inversión. Tenerlos constituye un capital invaluable, pues en el mundo de hoy un proyecto seriamente estudiado es la base para obtener los financiamientos adecuados y para proyectar cualquier acción con seriedad .

Y debo agregar un hecho que creo de singular importancia: ha sido creada la Oficina de Racionalización de la Administración Pública y, junto con ella, se ha introducido en forma masiva la computación, que ya trabaja para cerca de 50 Instituciones del Sector Público. Se han creado, además, numerosos centros especializados para la formación y perfeccionamiento de los funcionarios administrativos. La importancia de la ejecución de planes de desarrollo crece cada día, pero sería ilusorio su cumplimiento sin una administración moderna y eficiente. Se han dado, en consecuencia, pasos fundamentales para mejorar los procedimientos, cuyo vacío era manifiesto hasta hace poco y, cuyos resultados el país podrá apreciar muy pronto.

Esto es lo que el país ha hecho en estos años y nadie podrá borrarlo o empequeñecerlo.

Un nuevo feudalismo

No obstante, existen factores negativos, a mi juicio graves y amenazantes.

Persiste en el país una tendencia desproporcionada a favorecer aspiraciones ilimitadas, acompañada por una carrera sin freno en el ofrecimiento de ventajas, sin que exista conciencia de que, para colmar estas aspiraciones, es imprescindible un esfuerzo creador, mayor trabajo, mayor disciplina y más ahorro nacional que permita invertir y crear nuevas fuentes de trabajo indispensables para darle ocupación y destino a los nuevos contingentes de población que se incorporan a la vida nacional.

Otro factor íntimamente vinculado al anterior es el que llamaría un nuevo tipo de feudalismo. Cada grupo, de acuerdo con su capacidad de presión, pretende exigir del país más de lo que éste puede dar, sin importarle el bien común de toda la nación. Cada uno pretende obtener ventajas con desmedro de otros que no tienen la misma fuerza para negociar. Y siempre encuentran quienes apadrinen sus exigencias sectoriales en detrimento del bien colectivo.

Si esta nueva conciencia feudalista continúa predominando sobre los intereses colectivos, el país será progresivamente desgarrado, y a los antiguos intereses de clases o de personas se sucederán los de los grupos organizados que pueden estar en todas las categorías sociales y que muchas veces no miden hasta qué punto están hiriendo el interés del resto de los chilenos.

Una de las manifestaciones más extremas de este proceso —y lo cito como ejemplo relevante— es lo que ocurre en el campo de la previsión, cuya reforma, como lo he expresado muchas veces, resulta más difícil de impulsar que la propia reforma agraria. Siendo Chile un pueblo joven, compuesto por jóvenes, se está organizando progresivamente para el descanso prematuro y la seguridad y los privilegios obtenidos por ley.

Otro factor de desintegración nacional que requiere la toma de conciencia colectiva es, a mi juicio, un exceso partidista que va más allá de la natural formación de corrientes políticas organizadas en función de ideas. No existe la solidaridad mínima indispensable para la vida de un país integrado consigo mismo. La conquista del poder se convierte en el supremo objetivo, bajo el supuesto de que todo está permitido para lograrlo.

Todos reconocen que los partidos políticos son necesarios no sólo para el mantenimiento de nuestro régimen de libre expresión, sino también para dar al país la riqueza creadora del debate ideológico en el cual se definen los grandes objetivos nacionales. Pero si los partidos —cualquier partido o grupos de partidos— llegan a concebir la conquista del poder como un objetivo supremo, superior al bien común del país, dejarán de ser verdaderos partidos políticos según el único concepto posible en las leyes de una sociedad democrática.

Por otra parte, cada día es más notorio que las directivas de partido, muchas veces de composición anónima, predominan sobre la voluntad de los hombres que han recibido un mandato público y responsable a través de la elección popular, con reglas fijadas por la Constitución y las leyes. Y la mayor parte de las votaciones, desde las más trascendentes hasta las menores, no se deciden ya en el Parlamento, sino a través de decisiones adoptadas fuera de él por quienes no tienen ni puede exigírseles responsabilidad alguna.

Durante mi Gobierno he impulsado vigorosamente la organización sindical, como ningún otro Gobierno antes lo hiciera, porque estoy convencido de que los sindicatos no sólo son instrumentos de lucha reivindicativa, sino poderosa palanca de progreso social. Pero ellos negarían su propio fin, que es la construcción de una sociedad solidaria, si pretendieran colocarse por encima de la comunidad, utilizando para ello su capacidad específica de poder.

Si en el pasado un pensador chileno habló de la fronda aristocrática, hoy el país está amenazado por una fronda feudalista, con el riesgo de que, *si cada sector coloca sus aspiraciones* por encima del interés general, el diálogo democrático se transforma en una lucha de facciones.

La interdependencia creciente de estas tendencias y su recíproca y progresiva infiltración amenazan con desintegrar el cuadro social y político.

Problemas futuros

Estas son las causas de la verdadera crisis que han hecho imposible la *solución de dos de los más graves y profundos problemas* que están destruyendo las posibilidades reales del desarrollo social y económico de Chile: la inflación, que todo lo pervierte, y un sistema de previsión que nadie ignora que es insostenible para nuestra economía.

Hemos luchado en estos dos campos en forma denodada. Sin embargo, contra la opinión de organismos técnicos insospechables, contra la opinión de quienes administran los Servicios, se han dictado leyes sin financiamiento y otorgado beneficios imposibles de solventar sanamente. Las observaciones formuladas por el Gobierno han sido inútiles y se está llevando a la quiebra al sistema. Quiero señalar que el *solo monto del reajuste de los gastos previsionales* de la Administración Pública subirá el próximo año de los dos mil millones de escudos, o sea, el equivalente a la inversión de cerca de dos Ministerios de Obras Públicas.

Por otra parte, la inflación ha dejado de ser un problema económico para llegar a ser en su esencia un problema político. Muchos hablan de que la solución reside en una política monetaria, o en una política de remuneraciones, o en una política del gasto público, etc. Yo creo que es más profunda su causa, y su existencia es ya crónica en

la vida nacional. Es el reflejo de un proceso desintegrador que se traduce en una carencia de solidaridad real; en una crisis institucional; en la incapacidad para dominar aspiraciones sin respuesta proporcional en la actividad económica; en la presión de los grupos feudalistas y en la falta de responsabilidad en el plano político.

Por eso, mientras no se realice un cambio en la conciencia nacional proyectada desde las instituciones políticas, será imposible resolver estos dos problemas; y sin resolverlos será precaria nuestra estabilidad democrática.

Rectificar y dominar este proceso se ha convertido en la primera exigencia de nuestra democracia si ésta realmente quiere permanecer. Ello será posible sólo a través de una superior sabiduría o mediante un instinto creador que la haga rectificar y superar esta situación en derecho y libertad. De lo contrario, la necesidad de sobrevivir impulsará al país hacia otros caminos que serían funestos.

Necesidad de la planificación

La democracia requiere de una autoridad eficiente y responsable para dirigir la nación, pero ésta no puede ser el producto de sólo declaraciones o actitudes personales, sino también de la existencia de mecanismos que permitan la planificación del esfuerzo. Un Plan o Programa, una vez aprobado en conformidad al consenso general, no puede ser paralizado ni desvirtuado en su espíritu y en sus líneas básicas. De nosotros y de nuestra capacidad para darnos instituciones adecuadas y para respetarlas fielmente, depende que este instrumento fundamental de la política moderna pueda o no ser aplicado en democracia.

Nuestro desafío, el de todos los sectores nacionales, el de toda la comunidad nacional, es entender esta necesidad histórica en toda su trascendencia y proyectar sobre ella las nuevas perspectivas de la libertad y de la democracia. Hemos llegado a un punto de la historia de la cultura, la tecnología y la economía en que ningún país puede marchar hacia adelante sin un programa de desarrollo en todos los aspectos de su vida. Hoy la conquista de la libertad está ligada a la capacidad para definir, decidir y realizar un programa de bien común y para mantener abierto el diálogo con todos los sectores que concurren a ese objetivo, para perfeccionar ese programa, corrigiendo o rectificando sus vacíos, pero en ningún caso para detenerlo, distorsionarlo o destruirlo.

Durante el actual período se ha dado un paso importante al crearse la Oficina de Planificación Nacional a nivel presidencial y una completa organización institucional y regional. Pero ello no basta, porque ésta puede ser simplemente una oficina de estudios y proposiciones si las instituciones públicas y privadas, los empresarios y los trabajadores no se adecúan para la ejecución del programa.

Sólo en esta forma es posible que el Estado adquiera su plena autoridad para dirigir. Y no estoy proponiendo una visión estatista,

porque muchas veces para que el Estado tenga autoridad suficiente para orientar y definir los objetivos de la nación, su primera tarea ha de ser descentralizar su acción y crear los necesarios canales de comunicación con todos los sectores del país para que el plan sea precisamente el resultado de un consenso nacional efectivo.

Reforma del sistema legislativo

Por eso las reformas constitucionales aprobadas u otras que pudieran impulsarse, llegarán siempre a una confrontación esencial con la capacidad de las autoridades ejecutivas para realizar el plan aprobado por el país. Esto lleva necesariamente, como una consecuencia insoslayable, a la reforma del sistema legislativo y de las atribuciones del Parlamento.

Si hemos de mantener un Parlamento libre, democrático y prestigiado, como yo firmemente lo espero porque creo que sin esas condiciones no existe verdadera democracia en país alguno del mundo, este Parlamento deberá tener la atribución de aprobar o rechazar los gastos públicos, y solamente a través de este medio influir en términos generales —y nunca particulares— en la estructura del gasto público; un Parlamento capaz de aprobar y definir el programa en líneas generales, dejando al Ejecutivo la facultad para realizarlo; un Parlamento capaz de fiscalizar, de investigar y de sancionar el incumplimiento de las leyes; un Parlamento capaz de representar y resguardar la justicia objetiva en las remuneraciones y en la previsión, pero a través de normas de justicia general y no de decisiones particulares e inmediatas, que son materia de administración ajenas a la función parlamentaria.

En una palabra, es necesario un Parlamento que al legislar —que es su función básica— dicte normas de carácter general; un Parlamento que apruebe las líneas fundamentales del plan y controle su ejecución sin distorsionarlo ni contradecirlo; un Parlamento representativo de las tendencias de la opinión pública manifestadas a través de sus debates libres.

Esta será la reforma que dará al Parlamento su verdadera dimensión, arraigo y un sólido prestigio en la opinión pública nacional. Sólo así el Ejecutivo podrá, a su vez, administrar con eficacia y verdadera responsabilidad.

En este camino, es cierto, se han dado algunos pasos importantes, para lo cual se ha contado con el apoyo del propio Parlamento que ha demostrado así comprensión y patriotismo.

Mi Gobierno no se ha limitado en esta materia a exponer el problema. Desde el primer día que llegué a la Presidencia de la República planteé un completo proyecto de reformas constitucionales, y luché por más de cinco años hasta verlo en gran parte aprobado.

Estas reformas de la Constitución Política del Estado permitieron, en primer lugar, una nueva definición del derecho de propiedad, lo que ha hecho posible la reforma agraria y vastos planes de reforma y remodelación urbana. En contradicción con lo que se afirmó con tanta pasión en el sentido de que este Gobierno quería destruir la propiedad, de hecho se ha probado que éste fue el instrumento para extenderla y hacer propietarios a miles y miles de chilenos que siempre oyeron hablar de este derecho, pero no pudieron ejercerlo.

La segunda reforma ha sido un paso de gran importancia para definir las funciones del Ejecutivo y del Parlamento, al entregarle al primero, desde el próximo período, la facultad exclusiva en la proposición de todo gasto público y previsional y la iniciativa para fijar por ley las remuneraciones en el sector privado.

Pero sin duda la más trascendental de las reformas aprobadas por el Congreso es la que establece que en el futuro si una reforma constitucional propuesta por el Ejecutivo no es aprobada, éste pueda someterla a plebiscito para que el pueblo, en definitiva, sea quien dirima expresando lo que realmente es su voluntad.

Se ha abierto así, dentro de la ley, el camino para las futuras reformas de las instituciones sin quebrar nuestra tradición jurídica. De esta manera el país tendrá los instrumentos para afrontar los problemas más esenciales que se le presentarán inevitablemente a Chile, como a todas las sociedades contemporáneas, en especial a los países que tienen que vencer un grado inferior de desarrollo para lograr su plena expresión humana.

Pero no bastan las reformas en los textos legales, pues ellas resultarían inoperantes, si no hay un cambio profundo en la conciencia de la comunidad nacional.

Chile frente a un dilema

Quisiera resumir en pocas palabras el fondo de mi pensamiento. Nuestro país, como todas las naciones de la tierra, tiene que escoger entre una disciplina social establecida por el consenso y por ley o la compulsión de un estado de fuerza. Son las alternativas que se presentan en especial a las sociedades de nuestro hemisferio y ninguna fraseología podrá disimular la necesidad imperiosa y urgente de tomar una decisión a este respecto.

La naturaleza de los problemas que se le plantean a la sociedad contemporánea, y en especial a los países en desarrollo, así lo exigen. Muchos creen que estas sociedades no tienen otra forma para progresar que la aplicación de sistemas compulsivos. Yo creo que Chile ha alcanzado un grado de desarrollo social, económico y político suficiente para plantear sus cambios a través de una disciplina consentida dentro de un sistema institucional que resguarde las libertades.

Pero es indispensable que tengamos la conciencia muy clara de que estamos frente a un dilema sobre el cual debemos pronunciarnos.

Tareas por realizar

No es mi papel y es a otros a quienes corresponde ahora proponer los nuevos programas, pero sí quisiera, recogiendo la experiencia de estos años —con total desinterés y sólo como fruto de lo que he visto y vivido— llamar a reflexión al país sobre algunos aspectos que yo creo que son muy urgentes de resolver.

Será, el primero, organizar la participación del pueblo en todos sus niveles. El país ha vivido una etapa de organización popular: juntas de vecinos, sindicatos, coperativas, centros de madres y muchas otras manifestaciones de la comunidad organizada con representatividad muy directa, y hoy con expresión legal.

Corresponde ahora a estos organismos incorporarse progresivamente en las estructuras institucionales. Hasta ahora esa participación se hacía a través de instituciones tradicionales que representaban sólo algunos sectores de la vida nacional. Esa representación debe ampliarse hacia estos nuevos sectores que antes no tenían ni expresión ni organización.

Esta participación implica no sólo establecer los canales para un diálogo con la autoridad, sino para asumir responsabilidades en las decisiones para su permanente ejecución.

Creo asimismo que, tal como sucede en numerosos países, el nuestro también tendrá que afrontar el estudio y una cuidadosa experimentación para proponer nuevas formas de participación de los trabajadores en los mecanismos mismos de la producción y en la estructura de las empresas.

Los pueblos caminan hacia nuevas formas de vida y la democracia adquiere nuevas dimensiones, y si eso no ocurriera el país correría el riesgo de quedarse sólo con superestructuras políticas inoperantes e inadecuadas.

La segunda de estas tareas que creo fundamental consiste en la necesidad de realizar un esfuerzo mucho mayor que el hasta ahora aplicado en el desarrollo científico y tecnológico. El dominio del cobre y su manejo por chilenos, que implica una responsabilidad a nivel mundial como industria y como mercado; el aprovechamiento más amplio del hierro y de otros recursos minerales; de la incipiente y vigorosa industria de bienes de capital; del Mercado Común y el Pacto Andino, obligan al país a elevar sus puntos de vista en cuanto a la investigación científica y a la modernización de sus aplicaciones tecnológicas.

Esta ya no es sólo tarea universitaria, sino de toda la Nación. El Gobierno tiene el deber de planificar el desarrollo científico desde un punto de vista nacional.

En esta materia se han dado algunos pasos importantes, como han sido la proposición para ir a una planificación de la educación superior, la creación de la Comisión Nacional de Investigación Científica y el impulso dado a la Comisión Nacional de Energía Nuclear al instalar este año el reactor tal vez más moderno que existe en el hemisferio sur.

Las Universidades, por su parte, deben obligarse a una utilización óptima de los recursos y evitar repeticiones absurdas. Asimismo, es indispensable coordinar las distintas carreras profesionales con los planes de desarrollo social y económico, nacionales y regionales, pues de otra manera se corre el riesgo —como ya está ocurriendo— de preparar profesionales que después no encuentran dónde emplear sus conocimientos, con la consiguiente frustración.

El destino de Chile no ha dependido de sus dimensiones geográficas y demográficas, sino de su calidad humana y de su esfuerzo. Por esas razones, en la década del 70, con mucho mayor intensidad que en el pasado, exigirá de todos, en especial de sus jóvenes, el manejo eficiente del saber. El desarrollo universitario y educacional no puede ser entendido como la apertura de nuevas posibilidades individualistas para los jóvenes, sino como una construcción colectiva al servicio de toda la comunidad nacional. Estudiar ya no es sólo un privilegio sino una responsabilidad. Los jóvenes científicos y técnicos no sólo son una esperanza para el país, sino que constituyen los elementos humanos con que deberemos enfrentar la más grande batalla de este siglo: ganar una plena independencia nacional por nuestra capacidad y saber, para así competir en un conjunto de naciones progresivamente integradas.

Intimamente ligado a este punto está el de una política para la juventud. Se ha hecho en esta materia un gran esfuerzo en el plano educacional con su reforma; en el establecimiento del Instituto Nacional de Capacitación Profesional; en el otorgamiento del derecho a voto a los mayores de 18 años; en la Ley de Deportes para mejorar la educación física; en la creación de numerosos centros juveniles; en la política tan valiosa del Consejo Nacional de Menores que ha eliminado la vagancia y recuperado miles de niños; en la dictación de la Ley de Guarderías Infantiles, en la Junta de Auxilio Escolar y Becas; y en la indudable promoción a cargos de la más alta responsabilidad de muchos hombres jóvenes. Pero todo esto debe culminarse con una política que dé a la juventud canales de comunicación con el Estado y la sociedad, y participación en las tareas esenciales.

Constituyen los menores de 20 años más de la mitad del país. Los problemas que presentan son los más hondos y más difíciles, y no son las manifestaciones de violencia, por llamativas que sean, los hechos más importantes.

No se trata de ignorar la autoridad, pero tampoco se trata sólo de reprimir sino de encauzar y aprovechar los nuevos valores y sensibilidades en un mundo nuevo que nace. Se necesita una gran dosis de serenidad, de comprensión —y yo diría de humildad— para entender

y para definir una política de esta naturaleza, cuya aplicación requiere más valor que la gallardía aparente de los que creen que la autoridad se confunde siempre con el castigo.

Adicionalmente a los puntos anteriormente señalados, el país está abocado en el inmediato futuro a considerar todos los planes económicos en función de una política ocupacional. La transformación del campo chileno implica un desplazamiento rápido de poblaciones rurales hacia las ciudades. El aumento de la población —y de una población mejor educada— exigirá más y mejores ocupaciones con mejores remuneraciones.

Es necesario entonces trabajar intensamente para escoger alternativas que no sólo signifiquen progreso económico sino que tengan en consideración muy importante los niveles ocupacionales que sea indispensable disponer. De otra manera nos veremos pronto ante una situación en extremo aguda.

La reforma del Derecho es otra de las materias que debe preocumos, requiere la implantación de un Derecho moderno, cuya reforma parnos con prioridad. Una nueva sociedad, como es la que planteano sólo elimine disposiciones ya obsoletas, sino que proteja la dignidad humana enfocada bajo los conceptos del derecho económico y del derecho social en una sociedad como la actual. Si en diversos aspectos estamos realizando cambios profundos en la vida nacional, a mi juicio ellos no pueden amoldarse a conceptos jurídicos que fueron propios de otra visión de la vida humana.

Defensa del patrimonio

Quisiera señalar, por último, otro gran objetivo nacional que estimo ha llegado a adquirir primera prioridad y del cual el país me parece no ha tomado suficiente conciencia.

Me refiero a la defensa de nuestro patrimonio nacional. En el breve período de una Administración es imposible emprender todas las tareas, solicitado como se está por otras que son urgentes y simultáneas. Pero a medida que se avanza es necesario revisar las prioridades. En Chile hay una conciencia muy aguda de tipo político para luchar por la recuperación de la propiedad de ciertos recursos naturales básicos, pero no hay una conciencia para defender la primera de nuestras riquezas, que es nuestra propia tierra y el agua.

Yo quisiera en éste, mi último Mensaje, llamar la atención del país a este respecto. Tenemos Fuerzas Armadas en las cuales nos apoyamos para defender nuestro territorio y estamos dispuestos a dar la vida por el más pequeño pedazo de nuestro suelo nacional. Sin embargo, vemos impávidos cómo se extinguen las aguas y la vida en extensas zonas de nuestra Patria. Vemos avanzar el desierto. ¿Acaso no ha llegado ya a las puertas del Valle de Aconcagua y del propio Santiago? ¿No es efectivo que la erosión está destruyendo importantes regio-

nes agrícolas y que contemplamos sin alarma cómo millones de toneladas de capa vegetal son arrastradas hacia el océano? ¿No es notorio que en los últimos decenios han disminuido las lluvias y las nieves? ¿Nos hemos detenido a pensar que los problemas de riego que eran propios del Valle Central ya se presentan en la austral provincia de Cautín? Quemados y destruidos nuestros árboles, especialmente en las cajas de los ríos, éstos arrastran hoy la tierra viva, pierden regularidad en su curso o bajan en crecidas destructoras.

Esto no sólo exige una ley sino un acto de voluntad nacional .Yo pienso que si en la juventud chilena hay tantos ímpetus revolucionarios y tanta capacidad de esfuerzo y de generosidad, ¿cómo no comprende que si pronto no se forma una barrera forestal el desierto invadirá el Valle Central? ¿No sabe el país que ya hace cerca de 15 años que no cae prácticamente una gota de agua en la provincia de Atacama, donde antes florecían valles y bosques, de tal manera que Copiapó se llamó en el pasado San Francisco de la Selva?. El Gobierno ha hecho todo lo posible por realizar un plan nacional de reforestación, que por desgracia ha sufrido el embate de la sequía que aún perdura.

Es imprescindible defender nuestro suelo y, sobre todo, el agua, principal recurso que hoy preocupa a todas las naciones del mundo y que se requiere como elemento vital para la salud, la agricultura, la industria y la minería. Y esto no se hace sin el árbol, sin construir grandes embalses, sin regularizar los ríos. ¿Cómo no ver que en extensiones superiores a mil kilómeros longitudinales antes cubiertos por una vegetación autóctona hoy sólo queda la roca desnuda? No olvidemos que Chile tiene un destino más forestal que agrícola. En la sola costa entre Santiago y Cautín hay más de 5.000.000 de hectáreas susceptibles de forestación,y es necesario subrayar que esto significaría dar decenas de miles de ocupaciones.

Por eso, si algún título tengo para dirigirme a mis conciudadanos es para señalar este problema e invocar un esfuerzo nacional para resolverlo, ya que todo no se puede hacer en seis años y esto requiere una decisión sostenida por largo tiempo.

No son, por cierto, estas tareas todas las que el país tiene que afrontar, pero he querido referirme a ellas porque las considero esenciales.

La Revolución en Libertad

Hace seis años ofrecimos a Chile un camino para transformar las estructuras económicas y sociales con pleno respeto al sistema democrático. Ella fue la Revolución en Libertad, que apareció como un método político nuevo frente a las viejas estrategias liberales o totalitarias. Sin violencia ni espectacularidad los chilenos han ido cambiando la visión que tenían de sí mismos y de su Patria.

El sentido de la comunidad nacional y local, la visión de nuestro futuro como país y del papel que en su construcción cabe a los distintos sectores sociales, la valorización del cambio como método de progreso, nuestra apertura decidida al mundo exterior, son ya hoy día valores adquiridos e incorporados a nuestro espíritu.

Hacer justicia con los que vivían postergados ha significado nuevas formas en las relaciones entre chilenos y un nuevo lazo de ellos con la sociedad en que viven. Abrirles las puertas a la dignidad humana a cientos de miles de nuestros conciudadanos que antes vivían marginados es un camino abierto hacia adelante que, si es recorrido con generosidad de espíritu y sin odios, puede hacer de este país un nuevo milagro americano.

La libertad como método del desarrollo político encierra esa enorme ventaja sobre la coerción y la dictadura. El cambio cuando es justo y se realiza sin violencia se hace connatural en el alma de las personas. Es la razón la que indica el camino a seguir.

La libre aceptación de lo nuevo y su incorporación al patrimonio moral y cultural de la sociedad, hacen que la profundidad del cambio no sea medida en toda su magnitud. La revolución silenciosa que se incorpora a la vida diaria de cada hombre deja de ser sorpresa y se constituye en una constante.

Sin embargo, en Chile se ha producido en estos años una profunda transformación en sus valores sociales y en su percepción del porvenir. Bastaría recoger lo que hoy son las preocupaciones de nuestro pueblo, lo que son sus aspiraciones para el futuro, para darse cuenta de la magnitud del cambio ocurrido. Sin embargo, él está ya tan profundamente enraizado en nuestro comportamiento diario que pocos lo advierten. Y al mirar hacia adelante no es raro olvidar todo lo que hemos avanzado en la construcción de la nueva sociedad, pues casi nadie recuerda cuál era su situación al momento de partir.

El legado profundo de nuestra Revolución en Libertad ya no es nuestro, porque ha sido hecho por el pueblo chileno. La necesidad de una reforma agraria dentro del espíritu de la ley, la igualdad de oportunidades para todos los chilenos para llegar a los más altos niveles del saber y la cultura, la dignidad de cada hombre y mujer chilena para organizarse libremente y luchar en defensa de sus legítimos derechos, la batalla por el perfeccionamiento de nuestra soberanía nacional y su real independencia al recuperar el dominio de sus riquezas básicas, la modernización de nuestras actividades en todos los ámbitos de la vida nacional, y tantas otras realidades que hace sólo seis años parecían tan lejanas, ya son hoy parte de nuestra manera de ser y de sentir. Son, por lo tanto, irreversibles y nadie podrá actuar en el futuro desconociéndolas.

Los cambios en democracia permanecen en el tiempo, porque se perpetúan gracias al apoyo y al convencimiento de las mayorías. No

necesitan del látigo, ni de policías políticas, ni del control de los medios de publicidad, ni de racionamientos, ni de emigraciones en masa, porque tienen su fundamento en la razón y en el espíritu del hombre.

Creo que el régimen democrático, como ya lo señalé, requiere para subsistir de profundas rectificaciones; pero termino mi mandato más convencido aún de la superioridad de la democracia como método para el cambio social. La enorme tarea realizada demuestra lo que puede progresar un país en sólo seis años, sin desquiciar su convivencia, sin atentar contra ningún derecho esencial de la persona humana, y alcanzando resultados más rápidos y superiores a los de otras naciones que tuvieron que pagar altos costos humanos y económicos para poder avanzar.

La Revolución en Libertad, consolidada en el silencio de las conciencias, ha demostrado ser una fórmula adecuada a las necesidades de Chile. Toda visión catastrófica no es sino un engaño que obligaría a pagar precios indebidos de dolor humano. Todo retroceso, imposible.

El desafío planteado y la respuesta obtenida señalan claramente la capacidad, la inteligencia y la fuerza de nuestro pueblo para luchar contra la miseria, la injusticia, la dependencia y el subdesarrollo. Hemos visto que podemos realizar transformaciones dentro de la libertad. Hemos visto cómo el pueblo es capaz de asumir sus responsabilidades cuando se le abren las oportunidades. Hemos visto, por fin, cómo no existen obstáculos para un pueblo cuando éste asume la decisión de superarlos.

Seguramente no hemos dado respuesta a todos los problemas y sabemos de nuestros errores y limitaciones. Mucho queda por hacer en el presente y nuevos desafíos han de llegar en el porvenir.

No pretendemos haber realizado todos los cambios que Chile necesita; pero hemos hecho aquellos que nos comprometimos efectuar en el programa de 1964, y lo alcanzado admite comparación ventajosa con los primeros años de cualquier proceso profundo de cambios en el mundo. En menos tiempo hemos hecho más que otros con el poder total en sus manos. Bastaría una comparación objetiva para demostrarlo.

Nuestra Revolución en Libertad es ya un compromiso cumplido en su primera etapa y continúa ahora siendo un ancho camino abierto hacia el porvenir. Por eso estamos ciertos de que, con las bases de desarrollo alcanzado y la experiencia adquirida, sería funesto e irracional seguir otros métodos.

Soy un convencido de que estas ideas políticas en la acción son las que responden al interés profundo de Chile y a la entraña de su ser nacional. Este ha sido el signo de nuestra Historia.

Yo sé que la revolución con sangre, dramática y totalitaria, ejerce fascinante atracción sobre algunos. Yo sé que hay quienes no son capaces de concebir su Patria sino como una copia de otras experien-

cias, porque no saben mirarla, porque no la entienden. Pero ellos están de espaldas a nuestra Historia y no comprenden el carácter esencial de nuestro pueblo que los mira con despego, como a extraños.

Por eso estoy convencido de que la violencia no puede dominar en Chile. Periódicamente surgen en las sociedades humanas grupos en que se confunde la generosidad y la ingenuidad, la ilusión y la rebeldía, las frustraciones personales con el deseo de aventura o la demoníaca tentación de destruir. Pero ahí no está el alma de Chile, no está su pueblo, no está ni estará nunca la inmensa mayoría del país. Por eso podrán agitar y conmover, pero jamás triunfar ni construir.

En vísperas de un proceso electoral de tanta trascendencia, estoy cierto de que los chilenos rechazarán la violencia que provenga de cualquier extremo y con cualquier pretexto; los que quieran utilizarla, desde cualquier ángulo de la vida nacional, están condenados al fracaso y serán sancionados.

Durante este período ha habido tres elecciones generales y varias parciales y el país es testigo de que he garantizado el orden y el respeto a todas las corrientes de opinión.

Puede estar cierta la nación de que haré honor al cargo que ocupo, que haré respetar la ley y garantizaré el más libre y correcto proceso electoral, dando garantías a todos los ciudadanos y a quienes los expresan.

Honorables señores parlamentarios:

Por generosidad del pueblo de Chile he tenido el insigne privilegio de ser su mandatario durante estos seis años. He puesto en esta tarea todo mi corazón. No hemos escapado al ataque, como era lógico esperar; y tampoco al rumor ni a la calumnia infame que ante nada se detiene y que no hay forma de precisar ni responder. Como escribió Jefferson, "no se puede llegar a un alto cargo sin recibir la unción de quienes mienten y denigran". Pero hemos recibido compensaciones superiores mil veces a lo que hemos realizado. Y por eso, aunque a algunos les parezca extraño, ha sido ésta una tarea llena de profunda alegría, siempre estimulante, siempre hermosa, aún en medio de las peores dificultades.

Pero quiero decir también que esa tarea no habría sido posible sin el apoyo constante e invariable del pueblo de Chile. No podría decir cuánta gratitud tengo por ese hombre modesto, por esa mujer chilena, generosa y comprensiva, por esa juventud que, sabiéndolo o no, siempre me ha empujado a seguir adelante. Quiero expresar también mi gratitud al Partido Demócrata Cristiano, sin cuyo apoyo no habría podido gobernar. Como entidad política joven ha sufrido el duro choque de la responsabilidad del Poder; y muchas veces el país ha visto más sus fallas que sus virtudes. En los hechos ha demostrado mayor disciplina y unidad para asumir sus responsabilidades que muchos de los que

lo critican; y, en definitiva, ha sido siempre leal al país, al pueblo y a su gobierno. Yo espero que en estos años, así como yo he aprendido, él también haya aprendido. A cada uno de sus militantes, a sus parlamentarios, vaya mi reconocimiento más hondo.

Por último, quiero sobre todo decir que si algo he aprendido en estos años es que un hombre no es más que un hombre. Todo lo que he logrado hacer es porque he podido trabajar con un vasto equipo humano: ministros, subsecretarios, intendentes, jefes de Servicios, técnicos, y tanto empleado modesto; y con algunos que sin admitir figurar públicamente ni aceptar cargos oficiales me han asesorado con generosidad ejemplar. Hemos sido un equipo unido y estable. Todos han respondido a un programa, a una idea, a una dirección. Todos han sacrificado sus ventajas personales. Los que han ocupado las más altas posiciones han vivido en la modestia y muchas de sus esposas han tenido que trabajar para ayudar a mantener a sus familias. Son hechos necesarios de recordar en esta hora.

Termino éste mi último Mensaje con una visión de Chile profundamente alentadora. Veo con claridad qué grandes tareas y riesgos nos esperan, pero tengo también plena confianza en la capacidad profunda del chileno para tomar conciencia de su destino y salir adelante.

Por eso, desde lo más profundo de mi corazón, doy gracias a Dios que me ha permitido participar en este momento de nuestra Historia.